SOLEMNIDAD DE CRISTO REY Homilía del P. Joan M. Mayol, rector del Santuario de Santa María de Montserrat 26 de noviembre de 2017 Ez 34,11-12.15-17 / 1C 15,20-26.28 / Mt 25,31-46

Las palabras del evangelio de los últimos domingos del año litúrgico están llenas de esperanza; contienen el secreto de la alegría cristiana expresado por medio de las parábolas de la fiesta, la celebración y la posesión de un reino que siempre ha estado guardado en el corazón de Dios para su criatura. Es cierto que las tres parábolas tienen su aspecto de toque de alerta para no banalizar el camino de la bienaventuranza que proponen y perderse en la desgracia, pero su finalidad no es el temor al castigo sino el estímulo del bien y de la bienaventuranza de los que ya los empiezan a participar.

Estamos acostumbrados a relacionar la parábola del Juicio final con el fresco de la Capilla Sixtina que justamente representa el momento de reprensión airada de Jesús contra los que obran el mal. Pero la parábola entera, más que una amenaza coercitiva es un canto de esperanza dirigido sobre todo a los que no han conocido nunca formalmente a Jesucristo; las dos parábolas anteriores ya han hablado al mundo judío tipificado en las vírgenes prudentes, o a los cristianos representados en los sirvientes atentos a su amo que ha de volver. Hoy, sin olvidar los anteriores, nos habla de la bienaventuranza de los que a pesar de no conocer al Señor o teniendo de él una imagen deformada, con sus obras, con la respuesta concreta que han dado a la vida, han experimentado su amor en la caridad y la misericordia. La parábola no busca encoger los corazones y hacerlos entrar en la dinámica del mínimo necesario. La vida cristiana no es una propuesta de mínimos porque el reto de la Vida está a la altura de la grandeza del corazón del hombre y no a la de su mezquindad que también tiene.

Conocí un profesor muy bueno que decía que él nunca suspendía nadie porque la vida ya se encargaba de hacerlo. Puede parecer una frase de crueldad académica pero es más bien un consejo de libertad inteligente. De poco vale el esfuerzo de quien busca un justo aprobado o un notable alto si no hay detrás de todo esto las ganas de vivir excelentemente la propia vida gracias a lo aprendido y desaprendido en las lecciones del día a día. En la vida lo que hace de un adulto un hombre o una mujer acabados no son los conocimientos o el dinero, la fama o el poder que tenga sino la bondad que sea capaz de dar generosamente.

Las obras son, en la práctica, la sustancia de la verdadera religión de cada uno. Porque la religión es lo que une todas las facetas de la vida humana y espiritual en coherencia y sentido. Nadie puede "apostatar" de la vida, todo el mundo responde a ella, sí o sí, con sus acciones concretas de cada día. A Dios, nos viene a decir la parábola, no le interesa tanto lo que piensas o lo que dices creer como lo que haces a los demás, y eso sí manifiesta de verdad lo que eres y lo que crees. La palabra de Dios, ciertamente, ilumina el camino de la vida pero no lo marca como si fuera un GR, porque el camino no es una distancia, el camino es relación constante; es toda una actitud de vida. Hay actitudes, lo sabemos todos, que separan más que cualquier distancia kilométrica. Jesús, porque ama al hombre, exhorta a todos a no caer en esta trampa del egoísmo ya abrirse al más valioso del yo de cada uno que sabe participar, potenciar y enriquecer el mejor de su propio entorno humano y curar sus heridas. Por eso Jesucristo se ha hecho huésped y peregrino entre nosotros, para redimirnos del pecado y de la muerte. Venciéndolos en su resurrección ha inaugurado el Reino de Dios para los hombres; en este Reino predomina la gracia y la vida sobre el pecado y la muerte.

La salvación, la vida bienaventurada, no comienza en la confesión de la realeza de Cristo sino en la imitación de las obras mediante las cuales Él ha inaugurado este reino. Él, como el buen pastor, hace lo imposible para reunir a todas las ovejas en su rebaño, cura sus heridas, las guía y atrae a todas las que quieran seguirlo con su canto de alegría: Entrada la fiesta, venid a celebrarlo. Venid, venid benditos de mi Padre...

Estos benditos del Padre, ¿son muchos o son pocos? Las palabras de Jesús nos lo confirman; las decimos cada vez que consagramos el vino de la eucaristía: "por vosotros y por muchos". Son muchos pues, y superan por supuesto nuestras estadísticas estrechas. Son más de los que nosotros vemos los que se esfuerzan por un mundo donde no sean despojados quienes ya van bastante pobremente vestidos. Son muchos, fuera de nuestro pequeño mundo de intereses, los que trabajan por una sociedad donde la saciedad de unos pocos no prive de la comida necesaria a una gran mayoría. Son muchos, más allá de nuestras fronteras, quienes luchando sin violencia hacen más cerca el día en que no serán necesarias las cárceles, los muros y las fronteras. Muchos de estos son de aquellos que, sin haber conocido el Señor, sí lo han reconocido en los pobres, y por ello se juntarán a la fiesta de los santos y bienaventurados que han dado testimonio de Dios con la bondad de su vida. Y nosotros deberíamos ser de éstos.